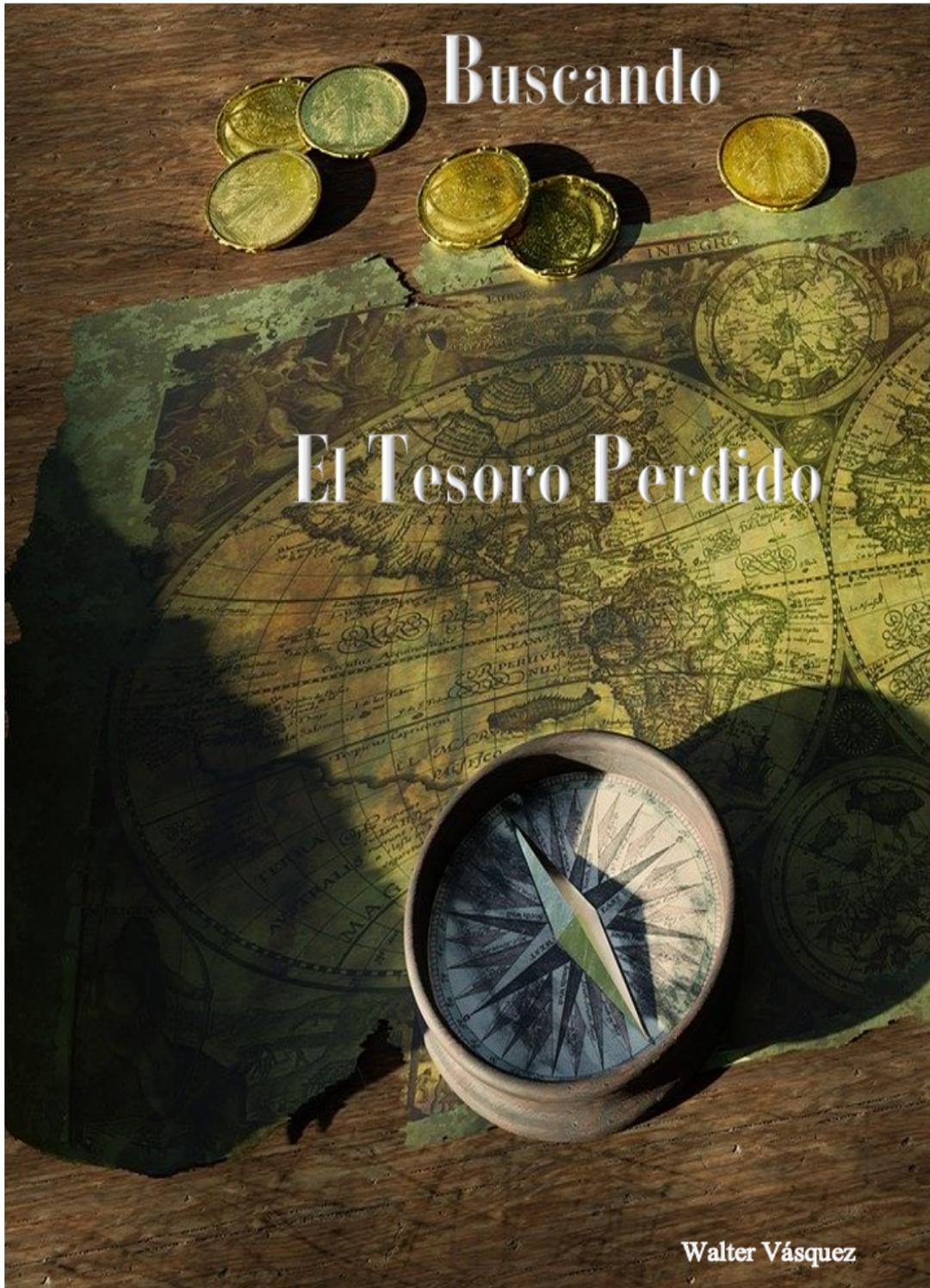


Buscando el Tesoro Perdido

Walter Vásquez



Walter Vásquez

Capítulo 1

Capítulo I

El ruido de su cabeza que rebotó en la ventanilla del tren lo hizo despertar de inmediato. Al ver a su derredor notó que algunos de los pasajeros reían en silencio mientras él se masajeaba el lugar donde se había golpeado. Casi en seguida volvió a cerrar sus ojos. El calor, el largo viaje, la dificultad en hablar el idioma; todo ello le hacía sentirse cada vez más agotado. Con justa razón; había cruzado toda Europa en un duro viaje de cuatro semanas escondido en un tren que transportaba mercancías a Rusia, luego... debió pasar otra semana oculto en otro tren hasta llegar a la gran China, donde el hambre, la suciedad y la dificultad en comunicarse le había complicado el intrépido sueño de aventurero. Días después logró abordar un tren con destino al oriente, para internarse finalmente a la India, sí, la India donde comienza esta majestuosa aventura llena de sueños y sabiduría.

Al ir recordando todo aquello quedó nuevamente dormido sin poder sentir el susurro del tiempo, eran ya doce horas de viaje en la inmensa tierra del hinduismo y no parecía avanzar mucho. Las aldeas quedaban unas, tras de otras, todas parecían idénticas o guardaban mucha similitud en sus construcciones. Casitas de madera cubiertas por enormes hojas de palma, niños que correteaban con alegría tras cada bullicioso tren que pasaba, ríos que brotaban de cualquier bosquecillo y pozos llenos de mujeres lavando ropa cargando tras de ellas sus niños envueltos en enormes sábanas.

Después de otro duro golpe en la cabeza debido al mal estado de los carriles quedó despierto por más tiempo, observaba con atención todo lo que iba encontrando en el camino. Su corazón sollozaba, pero el sueño lo volvió a vencer por sexta ocasión, esta vez el cielo ya dejaba caer sobre el viejo tren un torrencial aguacero.

Entre sueños recordó lo que su padre le dijo; antes de cerrar sus ojos para siempre.

– Ven aquí hijo mío, escucha con atención lo que te voy a decir. –le dijo con sus labios secos.

Como quisiera que el tiempo volviera;
que el niño volviera a nacer,
que los árboles volvieran a florecer,
y que la tristeza volviera a ser amor.

Pero con lástima digo que eso no es posible,
el tiempo se va y nunca regresa;
el anciano muere porque no puede rejuvenecer,
el río se seca porque la lluvia deja de regarlo,
el amor se acaba y sólo quedan recuerdos,
recuerdos contemplados a lo lejos.

El sol se va y vuelve a salir,
el efímero día también,
pero el tiempo se va y nunca regresa,
el poeta no puede detenerlo con versos y poesías,
ni el cantor con su tierna melodía,
el sabio tampoco con sus consejos,
ni el arcoíris con su belleza de colores.

Entonces ¿qué hago yo? ¿qué haces tú?

Todo sucede, porque tiene que suceder,
nada pasado regresa y nada futuro espera.

Ahora parto de esta creación, lamentando no haberme aventurado en este mundo tan inmenso, lleno de maravillas y misterios.

Un consejo debes llevar siempre en tu corazón; vive como el viento que vaga por el mundo, sé libre y nunca te encierres en un cuarto diminuto que el universo es infinito...

– Varanasi binvainidos –Gritó una voz que lo despertó.

Era ya demasiado oscuro cuando abrió los ojos; se recostó sobre el frío espejo de la ventanilla, recordó su sueño y dio un enorme suspiro. Su padre debió tener razón al decir aquellas palabras, comenzaba a darse cuenta de que el mundo no consistía en su casa, su aldea o su pueblo. Fuera de eso había un mundo esperando sólo a los valientes, soñadores e intrépidos aventureros.

Así pues, se puso en pie, tomó sus sucias maletas y bajó a pasos lentos mientras la lluvia seguía regando todo a su paso con inmensa delicadeza. Los viajeros al bajar corrían de inmediato desapareciendo bajo el bullicioso mercado de comida que estaba en la esquina. En su interior una voz pronunciaba “¡Vaya!, es increíble que ya este hasta este extremo del mundo, aunque aún queda demasiado por recorrer”.

Caminó en medio de toda la muchedumbre que corría en busca de refugio debido al nuevo torrencial aguacero que se avecinaba desde el norte, era común en aquel recóndito lugar que por unos momentos el sol fulgurara sin compañía alguna en el despejado firmamento, pero en un abrir y cerrar de ojos, todo eso podía cambiar.

Sus viejos zapatos estaban llenos de agua que hacía temblar su cansado cuerpo, arrastró su carga y se sentó en una antigua banqueta frente a una enorme casa, bueno parecía más una tienda de algún tipo de productos propios del lugar. Se inclinó sobre la banqueta, estiró los pies recordando momentos de su vida, sacó de su abrigo una vieja libreta, pasó uno por uno las páginas hasta llegar a la indicada, tomó un pedazo de pluma y rayó el número treinta y cuatro. Eran ya muchos días de viaje, ya no tenía mucho dinero, pero creía que era lo suficiente para llegar a su destino, un destino que aguardaba bajo las aquietantes estrellas del efímero ocaso.

Metió la mano otra vez a su bolsillo y sacó un enorme pedazo de papel, lo acomodó con delicadeza sobre la banqueta, limpió con un pañuelo el agua estancada sobre la banqueta y sacó de su mochila una descolorida lupa, se puso a observar con atención el papel que contenía un mapa, iba rayando todo el recorrido que llevaba en la India, observó de nuevo.

– Me falta demasiado, estoy a casi veinte días de camino para llegar a mi destino – Dijo entre dientes.

Guardo otra vez el mapa, sacó su mano para sentir si aún seguía lloviendo. Era demasiado tarde, no conocía a nadie y ni siquiera sabía dónde pasar la noche. Esperó hasta que la lluvia dejara de regar las calles y comenzó a caminar tratando de localizar un lugar donde dormir. El aura rozaba su rostro demacrado, la luna le acompañaba en cada uno de sus pasos y los árboles se movían al son del viento despejado. Sus ojos se achinaban clamando descansar mientras su cuerpo parecía detenerse por

momentos. Ya eran escasas las personas que caminaban en los barrios, algunos lo observaban con misterio, otros se mostraban mucho más amigables y le decían namaskaar, que significa adiós. Había sido buena la idea de estudiar un poco el hindú durante su viaje, ya entendía e incluso pronunciaba algunas palabras, con eso eran ya ocho los idiomas que de alguna forma había descubierto fuera de su tierra natal.

Pasaron los minutos y pronto llegó a un barrio hermoso pero silencioso, al parecer los espíritus allí sonreía bajo el reinado celestial. Siguió su camino y a unas cuadras pudo observar una casa que parecía un edificio de huéspedes. Se acercó con lentitud y tocó la puerta. Momentos después un anciano salió, lo observó de pies a cabeza y con señas preguntó lo que necesitaba. El viajero no había comprendido, pero a través de señas dio a entender al anciano que deseaba reposar su desgastado cuerpo.

El anciano afirmó moviendo la cabeza, le hizo una señal para que esperara y comenzó a platicar con otro joven que lo acompañaba, tardaron unos momentos y se asomó otra vez por la ventana moviendo la cabeza indicando un sí. El joven abrió la puerta, extendió su mano derecha señalando al viajero que entrase.

Dicho esto, caminaron por el enorme aposento, su patio era formidable, lo adornaba hermosas flores que nunca vio en su tierra, la fachada tenía un diseño único; en el extremo había un manantial que engalanaba el lugar con una estatua de Visnú en su centro; en verdad era fulgurante el lugar. El anciano lo condujo entonces a pasos lentos en el pasillo con una antorcha en la mano, doblaron la esquina y se detuvieron frente a otra puerta, abrió e invitó al viajero a pasar al cuarto que estaba totalmente oscuro. El anciano caminó a la esquina colocó la antorcha sobre un pedazo de madera que estaba en lo alto y desapareció bajo la oscuridad sin decir palabra alguna.

Era demasiado tarde, el viajero jaló sus maletas hasta una cama de madera que despedía un olor a frescura, se sentó un momento recordando de nuevo su gran aventura, estaba un poco desilusionado y confuso. Se recostó sobre la cama, sacó una foto de su familia y la observó con melancolía. Dio un enorme suspiro, se acomodó e intentó descansar porque el día siguiente sería un día demasiado agotador. El cansancio hizo que se quedará inmensamente dormido.

Capítulo 2

Capítulo II

Cuando despertó pudo ver el resplandor del día entrar en la parte baja de la puerta. Frotó sus ojos, bostezó estirando los brazos, se rasco el cabello, se levantó, camino hacia la entrada y abrió. El amanecer era sublime, los pajarillos cantaban con una alegría envidiada por el cielo, el anciano que lo había recibido la noche anterior estaba sentado frente al manantial alimentando los peces que saltaban queriendo atrapar los pequeños gusanos y la neblina que durante la noche había descendido con majestuosidad cubría ya muy poco del magnífico jardín. El joven viajero comenzaba a dar sus pasos hacia el manantial cuando de pronto alguien pasó a toda prisa. Instantes después un grupo de personas pasó corriendo como persiguiendo algo, casi lo tiraban al suelo a empujones. Uno de ellos se detuvo a la distancia, volteó de inmediato preguntando al viajero.

– ¡Oye! ¿de dónde vienes?, corre, debemos ir a la cima – le dijo.

El viajero que no podía creer encontrarse a alguien hablar español en tan remoto lugar, ante la impresión pudo responder.

– Soy sirio-español, ¿cuál cima? –terminó preguntando.

El joven retrocedió acercándose al viajero.

– Vas con nosotros –le dijo. Vamos a ver el desfile que los elefantes realizan todas las mañanas para ir al enorme valle del sabio Natarandhi, hacen un ritual y prosiguen su camino, es un espectáculo único, pareciera que alguien los guiara.

– No lo sé – contestó el viajero. Voy de paso y necesito avanzar hacia mi destino.

– Un viajero. No te arrepentirás de esto, estoy seguro. Supuse que te habías alojado aquí por el espectáculo, pero eres el primero que conozco que no viene por ello.

– No creo, será mejor que marches. Tus compañeros ya han

desaparecido.

– Ven viajero. Esto te enseñará nuevas cosas. No te pierdas los mejores espectáculos de la vida solo por temor a perder el camino, el mundo es vasto y los senderos son incontables, no es difícil hallar otro si tienes fe.

– Está bien, está bien. Iré tras de ti. –respondió.

– Me gusta tu respuesta muchacho. Ven y sígueme.

El viajero asintió, corrió a su cuarto, se vistió con rapidez, jalo su enorme puerta de madera y marchando tras su nuevo compañero. Caminaron por el enorme pasillo admirando toda la majestuosidad, salieron a la pequeña calle empedrada, cruzaron varios barrios internándose al fin a un enorme bosque. El sendero era lodoso, lleno de pequeñas piedras que obstaculizaban aún más el paso, pero se podía respirar paz, frescura y libertad que solo la naturaleza sabe proporcionar a la perfección.

Sus pasos cada vez eran más apresurados, momentos después debían ir corriendo para llegar a la cima a tiempo. Se escuchaba la melodía que las aves con fineza interpretaban, los árboles eran de gran altura y al ir ascendiendo pudieron alcanzar cada vez a más personas que corrían a la misma dirección. Había de diferentes partes del mundo; lo notaba por los físicos. Algunos parecían venir de los países europeos, otros de la Asia, algunos del oriente medio y uno que otro de la América del norte.

– ¡Corre, falta poco para llegar! – gritaba a cada instante el guía.

– Estoy sofocado. –respondía el viajero.

– Pero debes continuar o te perderás esto tan único.

– Creo que sí. Y ¿Qué haces aquí? – preguntó ahora viajero.

– Es una larga historia. Te la contaré después.

– Está bien.

– Ahora corre más a prisa.

El viajero perdía por momentos la respiración y cada paso que daba le hacía sentirse más cansado. Se detuvo un momento, se recostó sobre el tronco de un árbol que despedía un olor agradable, mientras el joven que lo conducía le hacía señas para que se apurase. Tomo nuevas fuerzas y corrió para llegar por fin a la gran cima.

Al asomarse notó de inmediato que la vista era bella, nunca había visto algo parecido, sus ojos brillaban como el cielo estrellado, giraba a todas direcciones apreciando todo lo que lo rodeaba; al norte se avistaba un denso bosque que parecía no tener fin, al este un cristalino lago adornaba la mirada, al sur una inmensa planicie rodeada de más bosques y al oriente se hallaba la gran ciudad de Varanasi, junto a él, el pequeño barrio donde había pasado la noche.

Se sentó sobre unos troncos acomodados con perfección para deleitarse de aquella vista tan única, luego suspiro y cerró los ojos.

– Esta es la primera aventura de mi largo viaje – dijo. Supongo que me he perdido de muchos paisajes únicos en todo mi recorrido, pero bueno de ahora en adelante trataré de aprovechar lo que pueda.
–terminó diciéndose.

– Oye espera a ver el espectáculo, quedaras maravillado – le gritó el joven que lo guiaba.

– Será algo especial para mi viaje. ¿Qué es lo que sucede con exactitud?

– Mejor espera a verlo y comprenderás, hay cosas que solo puedes apreciar con los ojos querido mío.

– Eso debo hacer. Por cierto ¿cuál es tu nombre? –preguntó.

De pronto el sonido ensordecedor de una especie de trompeta se dejó escuchar, todos se pusieron de pie y gritaron a todo pulmón. Él viajero no hizo más que hacer lo que los demás hacían. Pasaron unos segundos y de pronto un formidable elefante salió de los enormes bosques, se detuvo antes de que todo su cuerpo estuviera expuesto, levantó la cabeza observando hacia todos lados, fijo su mirada al suelo arenoso y sacudió todo su cuerpo. Comenzó a salir con lentitud dando magnos gritos. Todos observaban con atención todo lo que sucedía.

Al ir acercándose al manantial que se encontraba en el centro de la planicie, más elefantes comenzaron a salir de todas direcciones, gritaban al unísono, parecía una orquesta bien sincronizada. El gran elefante se detuvo cerca del manantial mientras los demás lo rodearon en perfecta alineación. Primero los pequeños, luego las hembras, por último, los formidables machos. El guía se inclinó sobre el manantial, extrajo un poco de agua con su trompa y caminó en medio de todos salpicando a cada uno de ellos con un poco del agua que portaba.

Era impresionante, parecía que alguien los hubiese domado o enseñado a realizar todo el ritual. El guía camino de nuevo al manantial, se inclinó con delicadeza y todos los que lo rodeaban hicieron lo mismo, luego dio un

enorme grito encaminándose al bosque, cada uno de los elefantes al irse alejando seguía gritando en coro, todos perseguían al gran guía mientras desaparecían en la inmensa selva virgen, continuaron así su camino al norte.

Todos estaban maravillados al igual que el viajero, algunos se preguntaban por qué hacían aquello, pero nadie lograba llegar a una conclusión. Todos hablaban dando su punto de vista. Después de observar aquel espectáculo tan único, un anciano se puso de pie y de inmediato todos escucharon atentos, un grupo de personas se acercó al joven que guio al viajero y todos formaron grupos diferentes, el muchacho llamó al viajero incluyéndolo en su grupo. El anciano con voz suave comenzó a hablar.

– Buen día queridos hermanos – dijo.

Mi nombre es Natarandhi y como verán el valle lleva el mismo nombre, aunque a decir verdad prefiero llamarlo el valle de nadie. He dedicado toda mi vida a observar minuciosamente todos los días el ritual que los elefantes hacen y he sido el único ser humano en estar de cerca observando aquel rito e incluso caminé con ellos durante un largo viaje que realizan una vez al año hacia el occidente.

Se preguntarán del por qué los elefantes hacen esto. Pues bien; los elefantes lo hacen porque en toda la región de los bosques el manantial es el único lugar donde ellos pueden beber agua, ya que en el centro del bosque se encuentra el gran lago; pero el lago es de agua salada, de tal manera las generaciones lo ven como una deidad que los alimenta, por eso ellos lo hacen a diario con la intención de que el manantial nunca se seque. Es impresionante, lo sé, pero la naturaleza y sus habitantes guardan tantos secretos que a veces los humanos no merecemos saber nada de ello. He meditado tantos años esto, pero hay tantas cosas que sólo los seres del bosque comprenden y por más que el hombre racional quiera entender nunca lo hará.

– ¿Podemos ir al viaje en algún momento con ellos? – preguntó un viajero.

– Hay cosas que se cuidan mejor en secreto y cosas a las que el hombre en vez de descubrir llega a destruir. – respondió el sabio.

– Y ¿cómo podemos descender al valle? –preguntó otro de los viajeros.

– En verdad no es necesario.

Supongo que ellos son más felices viéndonos observarlos a lo lejos y no estando cerca de sus vidas. Somos seres temidos incluso por nuestra propia especie, no deben pensar que ellos nos temen aún más. Recuerden

siempre esto; la tierra no es sólo de nosotros, ellos también pertenecen a ella, nosotros estamos de paso y nunca llegamos a poseer algo en propiedad legítima. Ahora bien, queridos viajeros, disfruten de la hermosa vista que solo esta ciudad les brinda y disfruten de cada paisaje que sus pequeños ojos pueden capturar y guardar en el fondo de sus corazones.

Dicho esto, el anciano siguió contando la encantadora historia y todos escuchaban atentos, en algunos momentos todos reían al escuchar las aventuras y en otras guardaban un silencio total. Así pues, al terminar la fascinante historia, cada una de las personas que llegaban a observar el espectáculo emprendían su camino de regreso a la ciudad; todos los corazones mostraban felicidad al poder ver aquello tan espectacular y único, tal vez el subir a la cima era aún más sencillo que descender debido a los grandes agujeros llenos de fango y la tierra tan resbalosa.

El viajero y su nuevo amigo caminaron entonces a la casa de huéspedes, él muchacho estaba fascinado por lo que sus ojos habían observado, caminó por el enorme pasillo sin decir palabra alguna, se detuvo un momento y observó con atención al anciano que estaba sentado cerca del pequeño manantial. Meditaba con lucidez, sus ojos estaban fijos al cielo y sus brazos abiertos al viento. Era el mismo anciano que estaba en la cima dando clases sobre elefantes, el viajero observaba con atención cada uno de sus movimientos cuando una voz de pronto lo interrumpió.

– Es el mismo anciano de la cima, es el sabio Natarandhi meditando y alimentando los peces – dijo el guía que lo había conducido.

– Pero ¿cómo?, él vive aquí – preguntó.

El muchacho que lo había guiado guardó silencio, lo invitó a seguirlo por los pasillos hasta llegar a una enorme sala. Se sentaron con la mirada fija a la fuente que adornaba el frente.

– El sabio Natarandhi construyó esta casa para alojar los turistas o aventureros – dijo el guía. De pronto se corrió la voz sobre aquel ritual de los elefantes y muchas personas vinieron de todas partes del mundo a querer observarlo o estudiarlo. ¿Quieres comer o beber algo? – volvió a preguntar el guía.

– Creo que me interesa más escuchar la historia querido amigo. –dijo el muchacho.

El guía esbozó una risa, se levantó de la silla y camino a una ventanilla en la esquina, estuvo hablando unos segundos con el que se encontraba dentro, retrocedió con una sonrisa y se sentó.

– ¿Qué haces en la India? Vienes de muy lejos, supongo que no has

venido por los elefantes – le preguntó al viajero.

– No, no he venido por elefantes, voy a otro lugar, sólo me alojé por una noche. Pero eso de los elefantes ha fascinado mi corazón, no puedo creer aun lo que pude observar.

– Deberías quedarte por unos días para disfrutar más de ello; más aún cuando el cielo deja caer lluvia blanca, se forman luces de colores sobre el bosque y aquello es en verdad único, muy único.

– Es buena idea, pero mi destino aguarda con recelo, no puedo quedarme mucho tiempo, pueda que en algún momento vuelva con más calma.

De pronto un sirviente se acercó con una enorme canasta en las manos, llevaba jugos de frutos exóticos, semillas tostadas y platillos hindúes, todo se veía delicioso.

– Espero que te guste la comida de la India. –dijo el guía.

– Eso creo, se ve delicioso; por cierto ¿qué haces en estos lugares tan alejados de los occidentales? – preguntó esta vez el viajero.

El guía se inclinó en su silla de madera y cogiendo un puñado de semillas comenzó a hablar.

– Verás muchacho; un día salí de América con rumbo a la gran China, iba en un enorme barco con productos que traíamos para comercializar. En alguna parte del océano una tormenta nos azotó y el barco naufragó, fueron infinitos minutos de desesperación, de dolor y de tantas interrogantes que circulaban en nuestros pensamientos.

De los treinta que viajábamos solo yo pude sobrevivir, bueno eso puedo recordar por ahora, estoy casi seguro de que sólo yo escapé del destino oscuro. Aún recuerdo la risa de mis acompañantes, de sus sabias palabras e infinidad de momentos que compartimos en los viajes que realizamos a diferentes partes del mundo. Sabes amigo; la vida misma es un intrépido viaje, no sabes en qué momento serás feliz, en qué momento te azotaran las tormentas o lo más triste de todo, no sabes dónde termina esta aventura tan extraordinaria.

Dicho esto, guardó silencio mientras por sus mejillas rodaban unas lágrimas surgidas de lo más profundo de su ser.

El viajero no sabía que responder, sólo agacho la mirada repitiendo un lo siento.

El guía se limpió las lágrimas y siguió contando su triste historia.

– En las lejanas costas de la India el sabio Natarandhi que viajaba estudiando algunas especies de plantas raras me encontró agonizando; me cobijo, me dio comida y me trajo aquí a la casa de huéspedes.

Por alguna razón no recuerdo nada sobre mi familia, ni de dónde vengo, sólo recuerdo el día en que partí y el día de la tragedia que marco mi vida para siempre, sea para bien o para mal. Llevo un año aquí en la casa de huéspedes. esperando a que los recuerdos traten de regresar y vuelva algún día a mi hogar, si es que aún lo poseo.

– En verdad lo siento, pero cómo es posible que sólo recuerdes de dónde vienes y el día del naufragio.

– Incontables noches me he sentado junto al manantial pidiendo sabiduría al cielo, pero me es negada y no he logrado recordar nada.

– Puedo imaginarlo y puedo sentirlo, a mi padre le pasó algo similar. Por cierto ¿Cuál es tu nombre? – preguntó el viajero.

– No recuerdo ni siquiera mi nombre, soy un extraño perdido en medio de hombres llenos de sabiduría, eso de alguna forma me reconforta. He aprendido tantas cosas del sabio Natarandhi por lo que ahora sólo me queda descubrir e intentar volver a casa.

Aquí en la casa de huéspedes me conocen como Modhi. Y ¿Cuál es tu nombre querido mío?

– Soy Carlos, pero suelen decirme Calín. Mi bisabuelo era un comerciante sirio, llegó a Bilbao durante la gran depresión en oriente, buscó una forma de sobrevivir fabricando zapatillas de cuero y volvió a Siria años después. En Bilbao nació mi abuelo y mi padre, pero por alguna razón les encantaba escuchar de las maravillas de una tierra lejana y extraña que debieron volver a Siria. Mi padre murió hace años, mi madre y mis hermanos están ahora en España donde también nací yo, en el seno de una familia humilde pero aventurera.

Mi padre antes de morir me encomendó un mapa en donde se encuentra escondido un gran tesoro, un tesoro que nadie nunca ha encontrado; se dice que la luna lo cubre con celo y que las estrellas la iluminan con amor fraternal.

Ahora mismo voy para Alepo, es donde el mapa indica que se encuentra el tesoro que muchos han buscado, pero nadie ha encontrado. La historia cuenta que fue escondida por las propias manos del magnífico Alejandro

Magno hace muchísimas generaciones y creo que sólo el cielo ha sabido ocultarlo con tanta perfección...

Capítulo 3

Capítulo III

Modhi escuchó atento aquello, era impresionante que alguien cruzara medio mundo en busca de un tesoro que nadie había logrado hallar, pero al parecer el viajero se aferraba a encontrarlo.

– Has cautivado mi corazón con lo poco que me has contado, mis oídos ahora quieren deleitarse escuchando tan magnífica historia. –dijo Modhi.

– En el tiempo correcto te contaré todo y las aventuras que han llevado a su búsqueda sin éxito alguno. –dijo Calín.

– ¿Crees hallarlo? – volvió a preguntar Modhi.

– Debo por lo menos intentarlo, y aunque no lo encuentre, este viaje me hará conocer grandes tesoros que nunca imaginé que existieran, ejemplo claro de ello es lo que acabo de ver en la cima al contemplar el valle de los elefantes. Nunca en mis adentro hubiese imaginado tal ritual en algún lugar del mundo.

– Tienes fe muchacho, eso te ayudará a encontrarlo.

– Eso espero, eso espero. Aunque a decir verdad es mucho más difícil de lo que yo supuse al emprender el viaje.

– ¿Volverás a pasar en algún momento a este hermoso lugar?

– No lo sé Modhi, tal vez en mi viaje esté de nuevo pasar, pero si no es así debo decirte que deseo que vuelvas pronto a tu hogar, ten fe, que alguien debe estar esperando con paciencia tu regreso, con algun taza de café y un pan caliente.

– Gracias Calín, tus palabras me reconfortan y esperaré con ansías a que me cuentes si logras hallar ese tesoro y recuerda que aún debes contarme esa brillante historia.

– Lo haré, tenlo por seguro. Ahora debo irme amigo mío, un largo camino aguarda a mí y un lejano tesoro espera mi llegada y a decir verdad no quiero perderlo de vista.

Dicho esto, ambos guardaron silencio por unos instantes, luego; Calín se puso de pie, agradeció con amabilidad por todo lo que Modhi le había dado, le dio un fuerte abrazo, sonrió y caminó a su cuarto.

Al entrar se sentó un momento sobre la cama, metió la mano a su bolsillo y sacó con suavidad el viejo mapa, lo observó mientras unas lágrimas recorrían su rostro, permaneció quieto y sumido en los pensamientos humanos. Pasado un instante empacó sus cosas, cargó su mochila y caminó al inmenso pasillo que lo condujo a una ventanilla de madera que estaba justo al fondo del manantial. Se detuvo a cancelar el alojamiento de la noche anterior. No había sido muy caro; diez rupias habían sido suficientes para saldar la deuda, enfocó así sus pasos en dirección a la puerta de salida. Se detuvo a observar por última vez aquel lugar y continuó cobijado por el silencio del sol.

– Espera Calín, puedo ir contigo –gritó una voz sofocante. Debo aceptar que me encantó tu historia y tu gran travesía.

– Modhi, pero el sabio Natarandhi y la casa de huéspedes, aquí está tu hogar, en mi travesía no prometo que encontremos ese tesoro.

– Hablaré con él. Sabes; quiero ser parte de esa aventura en busca de ese majestuoso tesoro. Tal vez eso me ayude a recordar quien soy y pueda regresar algún día con mi familia si es que tengo.

– En verdad no lo sé y si no existe el tesoro, también ten en cuenta de los peligros y de todas las incertidumbres que suele pasar un desconocido en tierras desconocidas.

– Recuerdo que alguien dijo hace momentos que si no existía ese tesoro descubriría tesoros que nunca imagino siquiera en su existencia, es acaso imposible eso para mi vida.

– Es verdad Modhi, para mí sería magnífico, dos son mejor que uno en busca de algo nuevo. No puedo negarte la oportunidad de conocer el mundo y si estás dispuesto a enfrentar todo lo que sea necesario entonces eres bienvenido a mi compañía.

– Entonces hablaré con el sabio Natarandhi ahora mismo. –dijo Modhi con una sonrisa dibujada en sus labios.

Dicho esto, ambos caminaron a donde se encontraba el sabio Natarandhi. Estaba sentado sobre una manta de seda fina con una estrella incrustada en su interior. Calín supo de inmediato que se trataba de una manta fina, esto debido a que su padre poseía una y solía decirle que hacía muchísimos años había existido un imperio comercial muy grande en

oriente que vendía esos mantos únicos en su clase.

El anciano meditaba mientras inclinaba su rostro, sus manos estaban encogidas frente a su pecho, murmuraba como diciendo una oración. Se quedó quieto al sentir la presencia de Modhi y Calín, estiró sus pies y giró su mirada. Con un poco de dificultad se puso en pie y se sentó en una enorme silla con vistas a la bella ciudad.

– ¿Creen que encontrarán un tesoro que nunca ha sido encontrado por generaciones enteras? – Preguntó el sabio.

El gran Alejandro lo ocultó como una estrella se oculta en la infinita bóveda, cuando vuelve a salir ni siquiera sabes cuál de todas es.

Los dos muchachos guardaron silencio.

– ¿Quieren ir en busca de ese tesoro? –volvió a preguntar.

Modhi guardó silencio, pero Calín preguntó.

– ¿Cómo sabe su corazón que venimos a hablar del tesoro de Alejandro?

– Te vi acariciando el viejo mapa ayer en la calle bajo el torrencial aguacero muchacho, supe entonces que un cazador de tesoros estaba en la ciudad, pero este era diferente a todos lo que suelen pisar estas tierras. Tú buscas lo que nadie ha encontrado, considero que ni siquiera Alejandro sería capaz de volverlo a hallar.

– ¿Cómo sabe tanto del tesoro de Alejandro? –volvió a preguntar.

– El corazón de un anciano que ha recorrido el camino de la vida e incontables ciudades sabe guardar muchos secretos y lo descubre con bravía facilidad.

– Yo quiero hallar ese tesoro, es algo que le prometí a mi padre, no descansaré hasta encontrarlo, sé que está en algún lugar de Alepo, tengo un mapa y eso me ayudará.

– De nada sirve un mapa si no tienes paz en tu interior, de nada sirve un tesoro sino descubres primero el tesoro de tu vida y de nada te sirve la riqueza si eres pobre de espíritu. Busca primero sabiduría y todo fluirá con más delicadeza.

El sabio guardó silencio unos instantes, se puso otra vez en pie y caminó hacia un pasillo con vistas al gran lago. Preguntó de nuevo, esta vez

dirigiéndose a Modhi.

– ¿Quieres ir en busca de ese tesoro Modhi?

– Sí maestro, nunca he logrado nada en la vida, quiero ser aventurero como Calín y conocer el mundo. Volveré se lo prometo y tal vez esto me ayude a recordar quien soy y de dónde vengo. En verdad no voy por el tesoro, quiero ir porque quiero conocer lo que hay más allá de mis ojos y mucho más allá de Varanasi, también deseo hallar tantas respuestas que nunca he hallado.

El sabio guiñó el entrecejo.

– No prometas volver porque el tiempo no puede ser dominado por nadie. Si tu deseo es ir en busca de ese tesoro confía en ti mismo y confía en lo que te dicta el corazón. Yo sé que volverás hijo mío, cuídate y recuerda poner en práctica lo que aprendiste, tienen una fe inmensa, estoy casi seguro de que lo encontrarán.

– Gracias, en verdad ha sido hermosos todo este tiempo con ustedes. Nunca los olvidaré, sus enseñanzas me serán muy útil ahora en mi nueva aventura.

– No te he enseñado nada hijo. Solo has aprendido de alguien más, eso es bueno; aprende siempre lo necesario y, aun de las peores situaciones puedes sacar buenas conclusiones y buenos aprendizajes.

– Gracias maestro, nos veremos pronto.

– No agradezcas a este viejo, agradece al que todo lo sabe. Solo fijen su mirada al cielo y nunca se olviden que Alejandro era astuto. Supongo que la debió esconder como las arenas del desierto. Recuerden; hay tantas cosas indispensables en la vida, no se aferren a un tesoro, aférrense a buscar la felicidad y el sentido del por qué han venido a este mundo tan espectacular que nosotros mismos estamos destruyendo, solo hagan lo que aman hacer.

Dicho esto, el sabio mantuvo la mirada fija, Modhi se acercó a él y lo abrazó con fuerza, Calín hizo lo mismo y se despidieron mientras Modhi dejaba caer algunas lágrimas. El sabio solo contemplaba el mismo lugar. El corazón de un sabio es un abismo profundo lleno de misterios, pero su exterior es algo fascinante lleno de vida.

Modhi acaricio las paredes del aposento, se inclinó cerca del manantial donde tantas noches había llorado sin saber quién era, fijo su mirada a la cima de la montaña de los elefantes a donde solía ascender día a día, vio luego al cielo despejado preguntando si volvería alguna vez a pisar esos

lugares, de alguna forma se estaba despidiendo de todo.

Caminó a la puerta donde los demás guías lo esperaban con el rostro triste, los abrazó uno por uno, lloró sin cansancio esa tarde nublada. Un nudo ataba su garganta, una daga invisible traspasaba su corazón y cientos de pensamientos inundaban su mente. Tal vez el llegar fue más fácil que el partir, de alguna manera la casa de huéspedes se había convertido en su nuevo hogar, en su verdugo y en su cobijo en las noches de soledad y melancolía.

Así pues, ambos emprendieron su camino, un camino impredecible, pero transitable al final de todo. Calín con una vieja mochila en la espalda, Modhi con un bolso lleno de sueños e ilusiones. A lo lejos el sabio Natarandhi observaba mientras repetía en voz baja.

– Sobraran obstáculos, momentos de tristeza llegarán, llanto brotará, desolación los ha de abrazar y angustia los ha de intimidar; solo busquen paz y sabiduría en su interior y sigan sin detenerse queridos muchachos, ¡valientes que lleguen a su meta!

Ambos giraron, observaron por última vez el paisaje para luego avanzar por las calles de los barrios hasta llegar al extremo de la ciudad, no se podía ocultar aquella escena tan conmovedora en sus rostros. Muchas veces un solo rostro triste oculta tantos secretos que sería imposible escucharlos con atención.

Caminaron en medio de mercaderes que corrían a todas direcciones, cruzaron la majestuosa plaza del Emir Sal Bin-Dezor, las mezquitas oraban al cielo sin cesar y las mujeres perseguían un sueño inalcanzable, así la ciudad quedó atrás para llegar a la bulliciosa estación de trenes más grande de la región. Se sentaron esperando el próximo tren. Calín sacó su viejo mapa, lo recorrió con sus dedos temblorosos e indicó la siguiente parada; Amristar, ciudad fronteriza con Afganistán. Comenzaba el viaje para Modhi, comenzaba una nueva aventura para ambos viajeros.

El tiempo orquestaba con júbilo, el silencio reinaba cuando el sonido del tren comenzó a escucharse a la distancia. Calín y Modhi se pusieron en pie, sus corazones estaban ansiosos de comenzar a marchar. Se miraban uno al otro y permanecían quietos. Pronto el tren se fue acercando, era inmenso, el eco que provocaba ensordecía. La muchedumbre corría a toda prisa para coger el mejor lugar. Los viajeros caminaron en los furgones hasta encontrar un espacio donde acomodarse; se sentaron, sacaron del bolso un recipiente lleno de agua, ambos se vieron a los ojos y comenzaron a reír.

El camino rumbo a la frontera del Punjab era largo, Calín tenía un

aproximado de tres días.

– ¿Crees que encontremos ese tesoro? – preguntó Modhi.

Calín suspiró al escucharle y pegó el mapa a su pecho.

– Solo estoy seguro de una cosa Modhi, antes de morir tendré que haberlo encontrado para que mi alma pueda descansar en paz.

– ¿Se lo prometiste a tu padre?

– Si. Pero también me lo prometí a mí mismo.

– No te atormentes amigo. Deja que todo fluya como las aguas descienden de las montañas, nadie las presiona en su camino.

– Eso intento hacer, pero muchas veces me es difícil lograrlo.

– Creo que descansaré un momento, mis ojos claman reposo. –dijo Modhi.

– Sí, el viaje será demasiado cansado. Descansa amigo mío.

Los dos aventureros empezaron su nuevo camino. Bajo la noche ambos se acurrucaban sobre los asientos temblando de frío, bajo la lluvia solo contemplaban los paisajes que pasaban uno tras de otro, durante el día salían a la parte superior de los vagones a observar todo lo que a su paso iba quedando. Así, muy pronto quedaron los pueblos de Kampur, Agra, Sarajkund hasta pasar por la enorme ciudad de Delhi. En verdad era bellísima y enorme, cada ciudad por las que habían pasado podía envidiar con creces a la gran capital del hinduismo.

Calín estaba erizado, sus ojos se humedecieron un instante, era para él increíble que estuviera en esa parte del mundo en busca de un tesoro que quizás nunca había existido o tal vez pudo existir, pero nadie lo había encontrado, aun así, lo más importante para él era ya estar en camino, no le importaba lo que podía pasar al final, aunque ahora cargaba con los sueños de Modhi, un extraño lleno de valentía.

Delhi pronto quedó y solo sus luces se reflejaban bajo la oscuridad de la noche a lo lejos.